



LUIS

He de confesar que a menudo vuelvo a los haikus de Luis Carril, o ellos vienen a mí.

Chopos sin hojas,
en perfectas hileras.
Uno quebrado.

Han llegado a formar parte de mi mundo sentimental de tal modo que hasta los que me menos me gustan...me gustan, pues tras ellos está Luis, lo veo, recuerdo y siento, y siempre quedo dulcemente marcado de un halo de humor y bondad.

Amigos checos.
Canciones de borrachos
en otro idioma.

“El musgo que indica el norte”, libro de haiku y haibun de Luis Carril, publicado por UNO editorial, es, junto a “El alquimista” (Paulo Coelho) y “Conversaciones con mi hijo” (Félix Gracia), uno de mis libros de cabecera. Su autor no solo es uno de los mejores jaiyines que conozco sino también un gran contador de historias, sobre todo de la cotidianidad. Para comprobarlo, háganse con “El musgo que indica el norte” y reparen en los capítulos “Baterías de costa”, “El tren minero” o, quizá mi preferido, “Que se besen” (difícil narrar mejor, con más delicadeza y precisión, esos matices del universo familiar). Pero mejor me callo y le dejo hablar a él:

Atardecer.
El padre de la novia
llora y se ríe.